



Año XLIX

Orihuela 15 de Agosto de 1932

Num. 1168

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

DEBE Y HABER

DEBE el hombre la facultad de sentir

Tengo un cuerpo organizado y vivo dotado además de sistema nervioso que es la misteriosa red extendida por todo él, para trasmitirme las impresiones de su interior y también las de los objetos del mundo exterior, mediante los sentidos.

Son los sentidos aparatos receptores de las impresiones que en ellos causan los objetos. Los nervios líneas que transmiten estas impresiones al cerebro. El cerebro estación central adonde todas las líneas nerviosas convergen y en donde el alma, aplicando su actividad, conoce por medio de estas impresiones los objetos que las causan.

Para que los sentidos funcionen como aparatos receptores, los nervios como transmisores y el cerebro como estación especificadora central, es preciso ante todo que mi alma comunique su energía vital y sensitiva al sentido receptor, al nervio transmisor y al cerebro como centro general; puesto que sentido, nervio y cerebro muertos no pueden funcionar. Es preciso además que no estén estos lesionados, puesto que podrían prestar la energía sensitiva de mi alma, no recibiendo o no transmitiendo fielmente las impresiones de los objetos.

Sentir es el acto de una facultad activa que obra por medio del órgano receptor, del nervio transmisor, pero que

supone mi alma como sujeto único de la sensación y del conocimiento causado por ella, ya que estos efectos son superiores a la capacidad de la materia organizada y viva.

Cuando el alma se ha adueñado completamente de la impresión, recibida por el sentido y transmitida al cerebro por el sistema nervioso, reacciona sobre el objeto y lo conoce como apetecible o no, según ha sido buena o no la impresión causada por él en el sentido.

El conocimiento, hijo de la facultad sensitiva, es singular, se concreta al objeto que impresiona el sentido; y éste es el que, mediante su actividad espiritual y abstractiva, convierte nuestro entendimiento en idea general.

Sentir, conocer sintiendo, he aquí un grado de mi vida superior a la de los seres vegetales y propia de mi ser animal, vida sensitiva cuyo autor es Dios a quien la debo.

La facultad de sentir es mi HABER

Tengo la facultad de sentir por la cual me pongo en comunicación y conozco los seres puestos al alcance de mis sentidos. Esta actividad propia de mi vida animal, tan necesaria para atender a todas las necesidades de ella, creo y confieso haberla recibido de Dios.

Como creo que no soy autor y dueño de mi vida, así creo también que

no soy autor y dueño de la facultad de sentir que poseo; y como yo no he podido darme la vida y la sensibilidad, tampoco me las han podido dar los demás hombres, que las tienen y poseen como yo, por haberlas recibido juntamente con su naturaleza.

Del que he recibido la naturaleza y con la naturaleza el vivir, he recibido el sentir. Mi actividad sensible y consciente pregon a Dios como a su autor y dueño.

Estos aparatos vivos y tan perfectamente contruídos para recibir las impresiones del mundo interior y exterior, que llamamos sentidos, ponen de manifiesto a la Inteligencia Divina como autora de estos órganos, tan admirablemente apropiados a los fines de mi vida.

Esta red de nervios vivos que tan fielmente transmiten las sensaciones y que distribuídos tan sablamente por todo mi cuerpo, no hay parte en él que no pongan en comunicación con el cerebro; donde mi alma se da cuenta de todas las impresiones que recibe mi organismo y por las cuales conoce sensiblemente el mundo interior y exterior, revelan el saber de Dios que los hizo y tendió por todo mi cuerpo para que yo pudiera sentir.

Todos los órganos, en fin de la sensibilidad que tienen sus objetos, sus leyes y sus fines propios que el hombre no puede mudar ni trastornar sin detrimento suyo, ensalzan el orden admirable con que la Divina Providencia ha dispuesto todas sus obras; orden que el hombre debe admirar y de-

be guardar, admirando y guardando el de su propio fin, que es el que Dios le impuso, al criar su naturaleza.

Siento y conozco como el animal; pero sé, como racional, porqué y para qué siento y conozco. Debo por consiguiente reconocer, que él que es Causa de mi ser y de mi vida, es Causa también de mi sentir, teniendo el deber de ordenar a su servicio y mayor gloria todos los actos de mi vida sensitiva,

† J. Maciá

El demonio inapetente

Bien que se lo tenía dicho su previsora suegra: que no anduviera tanto por las orillas de la Laguna Estigia, si no quería pescar un paludismo, que diera al traste con su reinado en la *Cittá dolente*, que diría el Dante, o en los profundísimos infiernos, como se dice en cristiano.

Pero él, erre que erre con su matraca; paseo va y paseo viene por los alrededores de la negra Laguna, en espera de la barca de Carón, a ver si le traía muchas almas que atormentar sucediendo lo que su augusta madre política le tenía pronosticado: que pescó el paludismo con la forma de tercianas; que éstas hubieron de durarle tres meses muy corridos, y que le quedo a los postres un señor don desgano, que no le permitía pasar ni lo que da el almanaque: quiero decir: agua y viento.

La suegra no quería pensar ni por los catalanes que cerrara el pico definitivamente y diera en la flor de no comer, no se sabe si por acendrado amor al paciente (malas lenguas dicen que no), o si por no perder ella misma el mangoneo que tenía en el infierno como reina-suegra, pues hasta en aquel mismo conjunto de todos los males dizque es mejor tener la sartén por el mango y sentarse en las alturas del poder, que estar en los plebeyos llanos del montón, de la muchedumbre anónima, de la patulea.

Y como viese la buena señora que su yerno el desgano Lucifer le dejaba plantadas las chuletas de lomo de escribano, que asadas en papel sellado y diciendo comedme, comedme, ella misma le había servido sobre la

mesa, díjole apenadísima y casi con lágrimas en los ojos.

—Pero Luciferito, hijo mío; ¿de cuándo a dónde has hecho asco tú a la carne de escribano? Mira que está muy rica, pues para enternecerla la he estado machacando lo que no es decible, hasta con la maja del almirez. Ya ves: su poquito de ajo, su hojita de perejil, su polvito de pimienta, su zumito de limón...

—Déjeme usted a mí de carne de escribano, que estoy de ella hasta aquí (y se tocaba a la punta de los cuernos): he abusado mucho de ella, y *omnis saturatio, mala*.

—Buena, hijo mío no te violentes si ves que no te la lleva el estómago; pero lo que es sin comer no se puede vivir, y es preciso pensar en otro plato: quieres que te aderece unas manitas de secretario de ayuntamiento, que tantísimo te han gustado siempre?

—No en mis días, a lo menos por ahora! Llegan aquí tan sucias...

—Se chamuscan un poco a la lumbre, se raspan, y...

—No, no, no hay suficiente fuego para ello en la cocina, a no ser que las tengamos a la lumbre toda la eternidad. Cuando yo esté mejor.

—Entonces, ¿y unas rodajitas, de morcilla de entrañas de contratista de consumos?...

—Son muy negras, mamá, y más que negras, duras, y hay que masticalas mucho. A mí lo que me conviene con este desgano tan atroz son cosillas ligeras, que se deglutan pronto.

—Pues mira: te freiré unos poquitos de sesos de librepensadores.

—¿Tantos se han condenado de anoche acá?

—Pues... unos veinticinco.

—Total: que habrá escasamente para hacer una croqueta.

—Por ahí, por ahí.

—Pues mire usted: para poca salud más vale ninguna. Déjelos usted en la despensa, hasta que se reúna como para hacer una tortilla para uno, y...

—Pues va para largo.

—¿Qué? ¿Tan santamente viven ahora, que no se condenan?

—¡No tan poquísimo seso tienen.

—¡Ah, ya! creí que se habían convertido.

—¡A Dios gracias, no!... Oye una cosa que te ha gustado siempre hasta chuparte los codos, cuanto y más los dedos: ¿te preparo una escarlatina de lenguas de maldicientes, que hay ahí una sangradera, que no la salta un galgo?

—Quite usted allá, señoral *Consuetudo vilescunt*. Estoy más harto de lenguas de maldicientes que de carne de escribano. Además, además que son muy dañinas, y para un convaleciente como yo, figúrese usted. Unicamente picándolas; así: picándolas; así: picándolas mucho; como para albóndigas, ¡vamos! y, después de muy picadas, tirándolas al estercolero, es como puede uno conjurar el peligro de que hagan daño, y aun así lo harán; mándelas usted al guano antes que se pudrán y den mal olor, porque, parar de hablar esas lenguas y repudrirse, todo ello es uno; y lávese usted las manos, pues como lleguen a tocar envenenan. Y pensemos, pensemos a ver qué hay por la despensa, pues, como dice usted muy bien, sin comer no se puede vivir.

—Ahí tengo unas asaduras de prestamista al veinticinco por ciento mensual...

—No: que tendrán muchos cálculos.

—Pero oye tú: ¿los cálculos no se hacen con la cabeza?

—Esos son los cálculos matemáticos. Pero debe usted saber que, a fuerza de hacer cálculos con la cabeza, se forman cálculos en las entrañas y se vuelven los hombres de piedra enteramente.

—Pues, hijo, algún alifafe es menester que tengan las viandas para que vengán a este mercado. Filete de párvulo no venden aquí.

—Comprendido: si yo sé demás que todo lo que aquí viene tiene que tener sus chacalacas; pero hígado de prestamista, y de prestamista al veinticinco por ciento mensual, eso es ya, más que hígado, turrón de peladillas de arroyo.

—¡Si quisieras que te asara unas agallas de empresario fúnebre!... Tú no te puedes figurar el racimo de ellos que se ha condenado esta noche. Ye,

con el mal ladrón los he mandado mientras tú no disponías otra cosa.

—Basta que usted lo haya dispues- to, para que yo lo suscriba.

—Tantas gracias. Y se interrumpió el diálogo cosa de tres minutos. Llegó en esto el parte telegráfico del hundimiento de un puente en no sé qué vía férrea, con el descarrilamiento de un tren atestado de viajeros, y la suegra del diablo por la fuerza de las ideas asociadas, preguntó a su yerno:

—Oye: ¿y un picadillo de abogado consultor de compañía ferroviaria, que probablemente iría en el convoy alguno, de gorra, por supuesto?

—¿Quiere usted que reviente señor? Para eso un salmorejo de víboras, escorpiones y basiliscos. ¡Nada que huelva a compañía ferroviaria! Esos se quemán, como a la langosta, sin aprovechar de ellos ni la ceniza.

—Pues, hijo, yo no atino, por más que me devano los sesos, con qué aderezarte para que almuerces. Los boticarios te han dado en cara, porque dices que te saben a agua de pozo; los sacristanes, porque dices que te huelen a aceite de lámparas y a mocos de ceras; los mozos de plaza, porque hasta ellos mismos, vienen faltos de peso; los comerciantes, por temor de que roben hasta dentro del estómago; con que tú dirás qué te preparo, porque lo que tú estás buscando con tantos dengues y tiquis miquis es escaparte por la tangente y quedarte sin almorzar. Y a propósito de robo: ¿no se te antojaría un poquito de estofado de fondista de estación?

—¡Quita, quita! ¿Fondista de estación? Ni con ellos ni con los dueños de balneario quiero yo ni el saludo. Aun muertos y sepultados y descendidos a los profundísimos infiernos habrán de pedir dinero por daca esas pajas. Que los quemen como a los abogados consultores de las líneas férreas, y que avienten las cenizas.

—¿Pues entonces?... ¡Pero tate! exclamó la repostera de Lucifer, dándose una palmada en la frente, abriendo una alacena que había en el muro y sacando y limpiando con el delantal para quitarle el moho, una... una cosa del tamaño de un huevo de perdiz, ne-

gra, dura y resistente como mojama:— ¡tonta yo, que no me he acordado de que esto estaba aquí! A ver si esta golosina...

—¿Y se puede saber qué es eso tan menudo?

—Un corazón de editor. Anda chúpalo un poco, a ver que le sacas.

—¿Sacarle? ¡A los editores, mamá, no se les saca nada!

—¿Ni una gota de sangre coagulada?

—Puede que tenga alguna: pero con seguridad que ha de ser sangre ajena. ¿No se acuerda usted de lo que decía un donosísimo Quevedo que estuvo a punto de venir por aquí? Pues decía el muy zumbón, que los editores y los libreros son los únicos hombres que se condenan por las obras de los demás.

Y en esto entró un demonio en el comedor, no sin haber pedido permiso desde la puerta.

—Señor:—dijo cuadrándose delante de Lucifer como un quinto delante de un general:—yo me he permitido disponer un plato, que acaso sea del agrado de vuestra majestad cornuda: ¿quiere que se lo presente? En cuanto yo le diga lo que es, se le alegrarán a vuestra majestad las pajarillas. ¿Se lo sirvo, señor?

—Sírvelo, a ver.

El diablejo se acercó al torno, habló con el cocinero mayor de palacio unas cuantas palabras entre dientes, se calzó los guantes blancos y, echándose el rabo al hombro, a guisa de servilleta, se presentó delante del soberano con una gran bandeja de plata Meneses.

—¡Un ingrato, señor!—hubo de decir el diablo camarero, contestando a la mueca de curiosidad y de pregunta hecha por Lucifer.—Un ingrato muy hermoso que acaba de traer Carón, y que es lástima que sea para nadie, pudiendo disfrutarlo vuestra cornuda majestad. Lo he mandado preparar con mayonesa de hipocresía que es el adobo que les va mejor, pues hasta en el mismo infierno gústales ocultarse y pasar inadvertidos. Viene enterito y pleno, guisado con toda la tinta de toda su ingratitud, como los calamares; conque a comer vuestra majestad, hasta no poder más, que barriga llena a Dios alaba.

—¡Magnífico — exclamó Lucifer, relamiéndose de gusto, tomando con la mano izquierda el tenedor y con la derecha el cuchillo;—de esto no me canso nunca. Cada vez me sabe a Judas Iscariote, me sabe a... mí mismo ¡Digo, digo! ¡Ingratitud e hipocresía! Miel sobre hojuelas! Por quien soy que no he de dejar ni rebañaduras. Los ingratos, como los cerdos, de los pies a la cabeza no tienen desperdicio.

En Rusia

Los Culiganes

¿Qué son los Culiganes?

Son bandas de niños criminales que pululan por toda Rusia, formadas por niños y niñas abandonados por sus padres, por el régimen comunista y cuyo número pasa de siete millones de desdichados.

Estos niños, o abandonados por sus padres o arrancados a ellos, no reciben educación alguna del Estado, que no tiene escuelas y maestros sino para una minería insignificante, y en cuyas escuelas más se depravan y pervierten que se instruyen.

Los niños, pues, en número de varios millones, andan en Rusia errantes, de pueblo en pueblo, unidos en bandas de niños y niñas, viviendo del merodeo y del robo y con frecuencia del crimen, y durmiendo en refugios de noche amontonados los dos sexos o debajo de puentes o soportales o en cuevas.

El Estado los retiene tres o cuatro años para criarles y enseñarles las primeras letras y después, a esa tierna edad, a niños y niñas los va arrojando a la calle a «que se ganen la vida».

Y desde tan tierna edad se la tienen que ganar «como pueden», muriendo la mayor parte por el frío, por el hambre, por el alcohol, por los vicios, por los malos tratos.

Las caras de estos niños y niñas, con tantas miserias como pasan, dice un autor, «están envejecidas, agotadas y sus cuerpos maltrechos», y unos y otros como bestias errantes vagan por las calles hasta que el robo o el crimen los lleva a la cárcel.

¡Pobres niños Rusos!

Se ha querido en la nueva doctrina hacer de ellos ciudadanos comunistas y se han hecho miserables, hambrientos, corrompidos, prostituidos y alcohólicos, que mueren en cantidades enormes, hasta por las calles y caminos o en cualquiera cueva o rincónada.

He aquí el resultado de las doctrinas que también en España se predicaban por hombres desatentados que no quieren aprender en cabeza ajena.

Desde las regiones de Alaska

Fiestas y bailes de los esquimales

Dice un misionero:

No abundan en Alaska las fiestas de carácter popular. De tanto en tanto, organizanse un "potlach" que rompe la triste monotonía de la vida en estas regiones heladas. Apenas el jefe de la tribu ha dispuesto su organización, en una explosión de júbilo se ponen en movimiento todos sus habitantes. E iníciase los preparativos.

El "potlach" por sus características y especial duración—a veces es cuestión de meses enteros—necesita una preparación tan complicada como laboriosa.

He presenciado una de estas fiestas Era el Martes de Carnaval del presente año. Los habitantes de la Estación de Pilote invitaban a sus convecinos de Takchak para que concurrieran a su "potlach". Y, con este motivo, hubo intercambio de regalos y presentes entre ambas aldeas.

No es fácil que los blancos tengan ni siquiera una idea aproximada, de las relaciones de franca cordialidad y amistad sincera que existen entre los esquimales. Hemos ya en la fecha fijada.

De víspera ya, hombres, mujeres y niños de Takchak, montan en sus trineos y preséntanse en Pilote. Las chozas están preparadas de antemano, para todos los huéspedes. Cada uno de ellos se establece en la que más le agrada. El invitado tiene que preocuparse de la cama. Pero es cosa sencilla; por sábana una piel de reno y, por cubierta, una manta tejida con lana de conejo. En cuanto a la comida, tampoco hay que asustarse a orillas del

Yukon: hay pesca y té abundantes. Y basta. Permanencia tan prolongada de invitados, naturalmente, no es asunto de inquietud en tales circunstancias.

Las ceremonias principales del "potlach" celébranse en el "kazhin", desde las siete del atardecer, hasta media noche. Más de 200 personas danzaban ya rítmica y majestuosamente. ¡Cuán diferentes son estos bailes de los esquimales, comparados con los de los europeos! Cadencias graciosas, nada de movimientos descompuestos. Las mujeres marcan el paso y mueven ligeramente los brazos. Son unos cuadros plásticos de ejecución perfecta. Para apreciar, en toda su belleza, estos bailes de los esquimales, hay que conocer a fondo su vida y costumbres. Son danzas tradicionales que se transmiten de padres a hijos, de generación en generación. El padre las enseña a los hijos y la madre a las hijas. Unos enormes tambores, de forma de abanico, acompañan con su tanton seco, los cantos. El jefe de la aldea, recostado de lado, dirige con una larga batuta, recubierta con plumas blancas, las fases diversas de esta ceremonia.

Llega el misionero. Mas, prosigue la danza. Y cuando cesa, el jefe, en medio del más profundo silencio, da la bienvenida respetuosa al recién llegado y le invita a tomar asiento. Todos los presentes desean saber su juicio sobre la fiesta. El misionero no regatea elogios, bien merecidos ciertamente, tanto a los bailarines, como a los cantores. El jefe siéntase satisfecho y, a una simple indicación suya, todos sus súbditos, inician, en honor del ilustre huésped la ejecución de una de sus canciones más bellas y antiguas. Se diría que canta todo un orfeón. En total son 125 voces. Parece mentira que estos esquimales, sin formación alguna musical, ejecuten tan maravillosamente sus cantos, armonizados por los redobles del tambor. Y ante aquella audición nos sentimos transportados a siglos primitivos. Vieja es, en efecto, esta raza. Pero conserva siempre un alma de una juventud incomparable. Difícilmente olvidaremos estos recuerdos y encantos que nos brindó el "potlach" que presenciarnos en este día.

P. O' Connor S. J.

BIBLIOGRAFIA

Pastorales del Excmo. y Rdm. Dr. Manuel Irurita y Almáncoz. Prelado de Barcelona.—Un tomo de 359 páginas, a pesetas 5, en rústica, y pesetas 7, encuadernado en tela.—EDITORIAL VILLAMALA, Calle Valencia, 246, Barcelona.

La Iglesia ejerce un Magisterio divino. Y en las épocas de persecución y de problemas graves, fulgura con mayor claridad la Luz de la Verdad cristiana, prodigada por la jerarquía.

En todas las diócesis se sienten los graves problemas de hoy. Sobre todos ellos—cuestión social, enseñanza del Catecismo, necesidad de aumentar la vida piadosa, restablecimiento de la tradición mariana, falta de sacrificio, relaciones entre política y religión—ha escrito el Ilustrísimo Doctor Don Manuel Irurita páginas llenas de celo apostólico y prodigas en ideas luminosísimas.

Estas pastorales constituyen una serie de tratados vibrantes, sólidos y populares sobre las cuestiones candentes. Deben figurar en toda biblioteca católica y no perderán su actualidad.

Los Crucifijos y las Profecías de la Madre Ráfols. Relación histórica.

Precio del folleto 25 céntimos.

Revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús a la Madre María Ráfols y Biografía de esta Madre.

Precio del folleto 40 céntimos.

Franqueo 0'05 céntimos. Certificado 0'05 céntimos.

Los pedidos acompañados de su importe al Administrador de «La Lectura Popular», Orihuela.



En Ribera de Molina (Murcia) ha fallecido la Srta. Purificación Martínez García (q. e. p. d.) hija de nuestra suscriptora Doña Carmen García y García.

Suplicamos a nuestros lectores una oración por su alma.